

Juan David Gómez-Quintero

**‘MOTHERNIDAD’: PARADOJAS Y CONTRADICCIONES DE LA
MEDIACIÓN MODERNA EN LA PRIMERA RELACIÓN SOCIAL**

**‘MOTHERNITY’: PARADOXES AND CONTRADICTIONS OF
MODERN MEDIATION IN SOCIAL RELATIONSHIP**

Resumen

El ensayo es una reflexión sociológica fruto de la experiencia maternal y paternal del autor. La llegada de un bebé al mundo es una oportunidad privilegiada para observar la construcción de una relación social y el conjunto de mediaciones que nuestro sustrato cultural, la Modernidad, ha implementado para dar forma a tal relación. Las ideas iniciales del ensayo parten de la autoobservación y se contrastan argumentalmente con distintas corrientes teóricas de la sociología, concretamente con postulados constructivistas, interaccionistas y del estructuralismo dinámico. La autoobservación se realizó en un hogar de clase media de una ciudad del noreste de España integrada por una pareja heterosexual de sociólogos. Los resultados sugieren que los mimbres que entretejen los primeros vínculos de la relación humana están fuertemente condicionados por los principios modernos de racionalidad, individualidad, control, previsión y confianza en la ciencia.

Abstract

The paper is a sociological reflection from the maternal and paternal experience of the author. The born of a baby is a privileged opportunity to see the construction of a social relationship and the set of mediations that our cultural substrate, Modernity, has been implemented to give form to such a relationship. The initial ideas depart of the self-observation and arguably contrasted with different theoretical currents of sociology, specifically with constructivist principles, interactionists, and dynamic structuralism. The self-observation was a home of middle class of a city in the northeast of Spain, consisting of a heterosexual couple of sociologists. The results suggest that the threads that connect the first links of the human relationship are strongly conditioned by the modern principles of rationality, individuality, control, forecast and trust in science.

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo del ensayo es identificar y describir la construcción social de la relación parental entre padres e hijos a partir de las mediaciones culturales de la Modernidad occidental. Nuestra tesis de partida es que algunos de los pilares de la Modernidad occidental están presentes en la relación de los progenitores con sus hijos desde la misma concepción y el nacimiento. Las experiencias personales del autor han permitido observar que esos pilares macro sociales se despliegan como pautas de interacción micro social que mediatizan la primigenia relación parental.

Estas pautas de interacción actúan como normas sociales y entran en conflicto con otro tipo de pautas que podríamos llamar “naturales”; es decir, la intuición, el instinto, los sentimientos y presentimientos. Podríamos decir que se trata del primer conflicto bio-social o del despliegue dialéctico entre la primera y la segunda naturaleza.

Una de las virtudes de reflexionar en torno a la primera relación social de un bebé es la claridad con la que se puede apreciar el despliegue de la Modernidad como una cosmovisión del mundo en el que están presentes los valores de racionalidad, individualidad, control, previsión y confianza en la ciencia. El nacimiento de un hijo es, además de un acontecimiento crucial en la vida de una persona, la ocasión idónea para observar el abanico de construcciones sociales que envuelve a etapas como el nacimiento, el puerperio y la crianza.

En tal sentido, el ensayo se inspira en la auto observación, aunque procura vigilar los posibles sesgos de parcialidad y subjetividad con la ayuda de la teoría sociológica. La argumentación para la defensa de los distintos planteamientos entrelaza ideas de diversas corrientes sociológicas. Del constructivismo asumimos la concepción de la relación humana como una construcción social que corresponde a contextos sociales y culturales específicos, aunque nos alejamos del constructivismo radical porque reconocemos la preexistencia de algunos rasgos humanos básicos como los instintos, las intuiciones y las emociones. Del interaccionismo reconocemos su capacidad para explicar la formación de símbolos y significados como resultado de las interacciones humanas o, en términos de Elias (1987), de procesos psicogenéticos y sociogenéticos.

De esa manera, las mediaciones modernas en las relaciones parentales son el resultado de construcciones colectivas que atribuyen significados compartidos ante hechos humanos tales como el nacimiento, la paternidad, la maternidad, la crianza o el cuidado de los bebés. Por último, el estructuralismo dinámico permite una salida dialógica entre un constructivismo determinista y un psicologismo subjetivista. Las pautas modernas de interacción han sido construidas y se imponen a los individuos, pero también pueden ser rechazadas, modificadas y reinterpretadas.

Consideramos que hay pocas reflexiones sociológicas sobre un tema fundacional de la sociología y la mayor parte de la producción intelectual existente ha sido elaborada desde el punto de vista pediátrico, pedagógico y psicológico. Por ello queremos ofrecer una perspectiva sociológica que explique el proceso de construcción de la relación social mediatizada con las herramientas normativas y culturales de la Modernidad occidental.

Desde la década de los setenta del siglo XX algunas intelectuales feministas empezaron a analizar el hecho social de la maternidad. En este sentido cabe destacar los trabajos de Adrienne Rich (1976) quien, a partir de su propia experiencia como madre, analizó los procesos de institucionalización de la maternidad, el parto y la crianza. De forma clara identificó que no hay institución más reglamentada, de forma no escrita, que la maternidad. Y lo hizo mezclando auto-observación e investigación.

La mayor parte de los trabajos sociológicos han analizado la construcción social de la maternidad, los distintos sistemas de estratificación de género, la posición de las mujeres en diversas instituciones sociales y las disposiciones e interacciones que acarrear los roles de las mujeres y las identidades femeninas (Durán, 1972, 1988; Saletti, 2008). En esta dirección, hay una parte de los trabajos que discute los conceptos de instinto materno y de buena madre (Juliano, 1989,1992; Solé y Parella, 2004) dentro de la corriente intelectual del feminismo de la igualdad (de Beauvoir, 1987).

Nuestra intención no es señalar las atribuciones positivas (Liedloff, 2003; Magallón, 2006; Aler, 2008; Massó, 2010) o negativas (Osborne, 1993; Sau Sánchez, 1995) de la maternidad elegida, sino observar la presencia de la Modernidad en la maternidad, la paternidad y la crianza. Reconocemos el histórico uso patriarcal de la maternidad como mecanismo de control de las mujeres y condenamos la sumisión exigida a millones de mujeres que no encontraron en la maternidad una elección sino una férrea

institución social y económica. Hay una producción intelectual considerable que lo documenta (Rich, 1976; Juliano, 1989,1992; Osborne, 1993; Sau Sánchez, 1995; Solé y Parella, 2004).

Por el contrario, nos llama la atención que existan apenas producciones que analicen la mediación moderna en las primeras relaciones sociales de los progenitores con sus bebés. Expondremos que esas mediaciones generan consecuencias imprevistas como la irracionalidad, la alienación tecnológica y la exaltación del individualismo.

Es muy llamativo que la primera relación social, fundada en el vínculo parental, haya sido ignorada por la sociología clásica y tímidamente abordada por la sociología contemporánea.

Es, en cierto modo, un eslabón cultural perdido y una caja negra de diversas problemáticas sociales actuales (Aler, 2008).

En la primera parte mostraremos la Modernidad como cosmovisión y matriz cultural de las sociedades occidentales. Esa condición permite entenderla como una forma de vida instituida que contiene un amplio repertorio de normas y creencias aceptadas mayoritariamente. Después de una necesaria delimitación conceptual, expondremos tres ideas para el análisis sociológico: 1) el uso de la cuantificación y de la medición como instrumentos de control racionalizado del riesgo y de previsión ante las contingencias; 2) la legitimación de la separación corporal prematura como expresión de la construcción de la individualidad; y 3) la confianza en los conocimientos tecno-científicos y la estandarización de los procesos de relación a partir de la alimentación.

Estos pilares corresponden a lo que Weber (1992) denominó 'proceso de racionalización' como forma de ordenamiento y sistematización de la vida social con el propósito de determinar los medios más adecuados para conseguir los objetivos pretendidos.

2. LA COSMOVISIÓN DE LA CIVILIZACIÓN MODERNA OCCIDENTAL

La Modernidad puede ser concebida como un período histórico experimentado en Europa occidental durante los siglos XVII y XVIII que supuso profundas transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales. Sin embargo, también puede ser considerada: 1) como proyecto cultural – con el despliegue de la Ilustración; 2) y como forma de vida socialmente instituida –con el desarrollo de la sociedad industrial (Bauman, 1996:77).

La Modernidad, por tanto, contiene una concepción global del mundo y una forma de vida, lo que supone hablar de una cosmovisión (Lander, 2003) y de cuatro macro-proyectos básicos (García Canclini, 1989): un proyecto emancipador (racionalización de la vida social y el individualismo), un proyecto expansivo (extensión del conocimiento y la posesión de la naturaleza a través de la producción y el consumo), un proyecto renovador (liberación de la sociedad de la prescripción sagrada) y un proyecto democratizador (confianza en la educación, difusión del arte y especialización de los saberes).

Es indudable que la Modernidad ha permitido grandes logros para la civilización occidental, pero desde hace décadas se enfrenta a un proceso revisionista en el que se inscribe este ensayo. En tal proceso hay quienes hablan de desencanto (Lyotard, 1989), reflexividad (Beck, 1996), agotamiento de sus energías utópicas (Habermas, 1993) y de ciertas consecuencias imprevistas (Giddens, 1990; Beriain, 1996), que algunos asociaron a un proceso autodestructivo de la Ilustración (Horkheimer y Adorno, 1994).

Estas reflexiones permiten identificar un amplio contexto intelectual que se siente defraudado ante las promesas de la Ilustración y la Modernidad. Para el caso que nos ocupa,

observamos que algunos de los rasgos básicos de la Modernidad han generado consecuencias imprevistas que mediatizan la relación social entre los progenitores y el bebé. Preferimos hablar de mediatización en lugar de determinación o condicionamiento porque no se trata de imposiciones culturales unidireccionales. Esta mediatización consiste en la presencia de un amplio repertorio de imágenes, representaciones sociales y discursos fraguados en el proceso de modernización europea durante los últimos trescientos años, que actúan como normas y pautas culturales que orientan las acciones de los individuos. Este repertorio interactúa con las voluntades individuales y, por tanto, la interacción puede implicar asimilación, aceptación, readaptación o rechazo.

Las características de estos imaginarios y discursos fueron contruidos y moldeados durante siglos, de tal modo que hablamos de procesos sociogénicos y psicogénicos (Elias, 1987) identificables en la historia y legitimados a través de la habituación y la institucionalización (Berger y Luckman, 1979).

Para las sociedades modernas la producción industrial y tecnocientífica significó una ruptura con el orden social tradicional. La producción de la riqueza y el control de la naturaleza por medio de la ciencia y la industria fueron dos hitos que marcaron el gran paso a la Modernidad. Ambas acciones se llevaron a cabo en la esfera pública de la vida social, mientras la esfera privada fue más reacia a modificar su estructura interna. Básicamente porque su reestructuración significaba un replanteamiento en las relaciones de poder que, por supuesto, no fueron sometidas a discusión a pesar de todas las revoluciones acontecidas en el siglo XVIII.

A continuación, veremos como la cosmovisión moderna y el consecuente estilo de vida instituido (con sus respectivos macroproyectos) se ha integrado y mediatizado las primeras interacciones y relaciones filio-parentales.

3. MEDIR Y CUANTIFICAR O CÓMO EVITAR EL HORROR DE LA INDETERMINACIÓN

Lo primero que experimentamos los padres primerizos es el desconocimiento del cuidado del bebé y la gestión de la incertidumbre. El temor al ahogamiento, la muerte súbita, la pérdida de peso o el contagio de una enfermedad es omnipresente. No es casual que la bibliografía sobre la crianza sea abundante y la consulta de páginas web, descargas de apps y tutoriales de YouTube sea recurrente. Los seres humanos, y aún más los padres, no podemos mantenernos durante mucho tiempo en la incertidumbre, la indeterminación nos horroriza y, por tanto, requerimos *claridad cognitiva* (Bauman, 1996).

Antes de la Modernidad las sociedades tradicionales subsanaban la incertidumbre y el riesgo de dos formas: mitología y religión. Sin embargo, la Modernidad significó la liberación del ser humano del determinismo mítico-religioso y resolvió el problema de la explicación del mundo y de la existencia humana a través de la racionalidad filosófica y luego científica. La sociedad moderna, con su racionalidad, luchó eficazmente contra la resignación religiosa que suponía la enfermedad, la escasez, la tiranía de los poderosos, los desastres naturales o la muerte. Fue así como aumentó la salud, la esperanza de vida, la prevención, el bienestar o los derechos humanos. Sin embargo, esa sociedad productora de riqueza y oportunidades se convirtió, inesperadamente en la *sociedad del riesgo* (Beck, 1998); es decir, una serie de efectos secundarios de la modernización que obligó a la creación de dispositivos para la reducción de la incertidumbre y la previsión del futuro.

Bien, ante la necesidad de claridad cognitiva y el deseo moderno por reducir riesgos, el nacimiento de un bebé produce decenas de interrogantes que deben ser clarificados. Saber las horas en las que

debe alimentarse, los intervalos de sueño, las variaciones de talla y peso, así como las cantidades de leche ingerida según las semanas o meses, se convierten, en el contexto de las sociedades modernas, en un asunto de supervivencia.

En ese contexto cabría preguntarnos ¿Qué sería de nuestros hijos sin el sistema métrico decimal, sin la estadística y sin la concepción moderna del tiempo? El conocimiento científico facilita la reducción de los riesgos propios de la indeterminación: "Taxonomía, clasificación, inventario, catálogo y la estadística son las supremas estrategias de la práctica moderna" (Bauman, 1996: 91). Centímetros, milímetros, horas, kilos, gramos y meses pueden ser equiparados a los seres mágicos que los marineros imaginaban en los recónditos océanos desconocidos: ambos llenan un vacío fruto de la inseguridad que produce lo desconocido. Además, la figura del científico y el pediatra autoriza y legitima un conjunto de prácticas y hábitos saludables. El científico es el chamán de la Modernidad (Gómez Quintero, 1999).

Conviene detenerse un poco en la cuestión de la medición del peso del bebé. El riesgo de la desnutrición, de la enfermedad o de la muerte se reduce con el seguimiento sistemático del peso y de la estandarización del crecimiento progresivo a partir de las tablas de percentiles. Éstas son fuentes de creación de seguridad y, al mismo tiempo, de creación de riesgos. Si un bebé está por debajo de un percentil, se encienden las alarmas y cunde el pánico. Si el bebé está dentro, es normal, por lo que sus padres tendrán dos o cuatro semanas de sosiego hasta la próxima revisión. Es tan clara la desconfianza que despiertan los instintos, las intuiciones o los presentimientos, que hemos generado dependencia de algunos inventos de medición como el termómetro y la báscula para tener el riesgo bajo control.

De hecho, la costumbre de pesar semanalmente a los recién nacidos puede crear más problemas que soluciones. Las leves

variaciones entre las básculas, los errores en la medición o los condicionantes coyunturales como la ingesta y la deposición pueden alterar los resultados esperados frente al peso. Estas alteraciones en los instrumentos y procedimientos de medición pueden inquietar la tranquilidad de los padres y tomar medidas para corregir un problema que no existe. Ante esta obsesión, González (2004: 93) se pregunta: “¿Sirve para algo pesar a los niños? Aquellos niños a los que se pesa regularmente, ¿pesan más, están más sanos, ingresan menos al hospital que aquellos a los que no se pesa? (...) no existen apenas estudios sobre la eficacia clínica de una práctica médica tan extendida”.

La proliferación de los termómetros para calcular la temperatura de la habitación, del agua de la bañera del bebé y de los niveles de fiebre cuando el bebé está enfermo es una expresión del anhelo de control a través de la medición. Estos dispositivos son fuentes de seguridad y, paradójicamente, de riesgo para millones de padres y madres en el mundo occidental.

Otro de los dispositivos que ha mediado en la socialización moderna es la regulación del tiempo del reloj. La concepción moderna del tiempo ha sido una forma de domesticación del caos de la naturaleza. Sin la medición de las actividades y su coordinación en el espacio, las sociedades industrializadas no podrían existir (Giddens, 2002).

Sin embargo ¿cuál es la concepción del tiempo del bebé? El tiempo del bebé no coincide con el tiempo moderno, su tiempo hace parte de un ciclo regido por la alimentación, la digestión y el sueño. Mientras tanto, sus padres calculan las horas de comer y de dormir. No es de extrañar que padres y madres sintamos, ante los desvelos, la lactancia materna y los cólicos, que “perdemos el tiempo”, porque el tiempo legitimado socialmente es el tiempo de la producción, no el de la reproducción. Progresivamente y con altas tasas de paciencia, la relación se va acoplando a los tiempos

modernos en sucesivos rituales de eslabonamiento emocional (Collins, 2004) con las incongruencias que produce la atribución del apetito a la hora de comer y no a la expresión hambrienta del llanto.

4. LA TELEOLOGÍA DEL DESTETE Y LA EMANCIPACIÓN DEL SUJETO

Una de las grandes conquistas de la Modernidad ha sido la emancipación del sujeto. Esto es, la liberación del individuo frente al determinismo, el dogma y la tradición, así como al sometimiento personal a la colectividad. Es oportuno recordar las famosas expresiones cartesianas basadas en un sujeto que existe porque piensa o en la filosofía kantiana que basa la mayoría de edad del sujeto gracias a su racionalidad y a la autonomía de pensamiento. No se pueden negar la grandeza de estas ideas.

No obstante, si se puede reparar en las consecuencias imprevistas de la búsqueda de autonomía. A los bebés se les suele destetar como acto mutuo de liberación. A la madre se le libera de la atadura de la demanda permanente de succión y al bebé se le evita la peligrosa dependencia afectiva. Para muchas madres, la lactancia a demanda es vivida como una pérdida de libertad que condiciona su carrera profesional, sus relaciones sociales y, en definitiva, su autonomía personal. Esto es así porque en Occidente se vive la maternidad como una cuestión individual y privada (Gutman, 2004).

Algunos dispositivos modernos de liberación corporal han sido el biberón y la leche artificial. Son productos modernos porque logran el desanclaje territorial y social (Giddens, 1990). El desanclaje es la liberación de las relaciones sociales de los contextos locales en los que se producían bajo el orden tradicional. El biberón es una liberación para la madre porque evita la dependencia física de su cuerpo. También son modernos porque son producto de los

sistemas expertos obtenidos gracias a la racionalidad tecnológica (Marcuse, 2005).

No hay liberación sin sacrificio y uno de estos sacrificios es la separación física. En la cultura occidental los individuos nos hemos habituado a determinadas separaciones y aislamientos en los primeros meses de su vida. Los trabajos sobre la Teoría del Apego de John Bowlby y los experimentos como los del matrimonio Harlow con monos Rhesus en la década de los cincuenta del S. XX en EE.UU. constataron la importancia del contacto físico entre los mamíferos. Aun así, la valoración de la autonomía individual en Occidente sacrifica las relaciones de interdependencia corporal como si se tratase de un tótem de unidad simbólica del nosotros moderno.

Dormir solo es uno de los hábitos y rituales de iniciación en la consecución de la autonomía individual en Occidente. La valoración de la autonomía individual está directamente relacionada con tales logros históricos porque supusieron la ruptura de los lazos de sangre de las comunidades tradicionales (Tönnies, 1979). Tales comunidades suponían un cobijo seguro para el sujeto, pero también una opresión y anulación de la individualidad.

El refinamiento en los modales, algunas pautas de higiene y alimentación, así como una serie de normas asociadas a la separación corporal, tiene sus raíces en la aristocracia francesa del siglo XVI. Los aristócratas, luego imitados por la burguesía emergente, sobreestimaban la cortesía (es decir, lo propio de las cortes) como expresión de distinción social. Hasta esa época era común beber la sopa del mismo plato y con la misma cuchara, limpiarse la boca con el mantel o la camisa y sonarse la nariz públicamente con la mano (Elias, 1987).

Sin embargo, el temor al contagio de las enfermedades y el deseo de diferenciarse del comportamiento popular creó una especie de tecnología higiénica que permitió la invención de la cubertería, los

pañuelos y la institucionalización de algunos hábitos de higiene. Igualmente, la expresión pública de las emociones (gritar, llorar, ...) o los instintos (tirarse un pedo, eructar, mostrarse hambriento, ...) fue considerado inadecuado debido a que la premisa máxima de la aristocracia era la discreción y la exhibición pública del autocontrol (ejercicio de racionalidad). Es en ese contexto en el que la separación de los cuerpos en el ámbito doméstico es apreciada como un símbolo de riqueza (tener varias camas y habitaciones) y de salud (evitar contagios): “Lo que faltaba en aquel mundo cortés (...) era ese muro que hoy parece levantarse, para contener y para separar, entre los cuerpos de las gentes” (Elias, 1987: 115).

Sin embargo, hasta 1729 no era desaconsejado que un adulto durmiera con niños, siempre que estos fuesen de corta edad (Elias, 1987: 202). En las décadas posteriores el pudor y la vergüenza fueron creando normas de separación corporal.

Los educadores profesionales de finales del siglo XVIII recomendaban enseñar a los niños los comportamientos impúdicos que pueden ocasionar el sueño en la misma cama del adulto (Elias, 1987: 207). Los escrúpulos, en torno a la vergüenza y el pudor en el dormitorio de la aristocracia y burguesía francesa, fueron consolidándose como normas sociales extrapolables a otras capas de la sociedad: “en los ambientes que no son muy míseros va implantándose poco a poco la costumbre, incluso dentro de las familias, de que cada uno tenga incluso su dormitorio. Los niños se educan tempranamente en este alejamiento de los demás” (Elias, 1987: 208).

La elevada influencia cultural de la nobleza francesa del siglo XVIII y el posterior expansionismo del imperialismo napoleónico de principios del XIX, ayudaron a la exportación de muchas de estas pautas sociales a otros países de Occidente.

A pesar de las justificaciones psicológicas, morales y sanitarias para la separación corporal durante el sueño de los bebés, algunos

estudios mostraron la relación entre la muerte súbita y el sueño solitario de los recién nacidos (Blair y otros, 1999).

De igual forma, las investigaciones de McKenna (Gettler & McKenna, 2011) probaron que en las culturas en las que la mayoría de los bebés duermen junto a sus padres (Japón y Corea), es excepcional encontrar niños que se chupen el dedo por la noche o que estén apegados a un objeto transicional.

Algunos padres podemos sentir vergüenza al reconocer públicamente que nuestro hijo duerme con nosotros. La vergüenza actúa como un mecanismo de (auto) control social al desafiar una norma no escrita durante los últimos siglos. Muchos adultos occidentales podemos llegar a reprobar con mayor dureza las conductas de apego y dependencia que aquellas de separación y aislamiento. De este modo, promover el colecho, la lactancia a demanda o enseñar un pecho femenino públicamente significan desafiar siglos de control social y moral de los cuerpos (Aler, 2003).

La construcción de la individualidad empieza por la liberación del apego corporal en el sueño, pasa por la minimización de las expresiones públicas de afecto y termina con la institucionalización prematura en centros de educación pre-infantil. Estas tres fases suponen pequeños rituales sacrificiales de liberación personal.

De este modo, cultivamos laboriosamente las semillas de la autonomía individual que, sin pretenderlo, pueden cosechar algunos frutos de autosuficiencia, individualismo y aislamiento en la vida adulta.

5. FIABILIDAD TECNOCIENTÍFICA E INSEGURIDAD ONTOLÓGICA

Para Ritzer (1996) la McDonalización de la sociedad supone un proceso de alienación tecnológica por el cual la tecnología se convierte en un fin en sí mismo y las personas pasan a ser un medio.

La dependencia y sublimación de las decenas de inventos tecnológicas que “procuran hacer la vida más cómoda” son parte de la alienación tecnológica (Marcuse, 2005). Ya hemos hablado del biberón y de la leche artificial, pero hay más. Si la invención y adopción de los cochecitos de paseo para bebés facilitó su transporte en la Gran Bretaña de 1890, casi 130 años después contamos con inventos que evitan tener que mecerlo y arrullarlo. En el mercado de productos para bebés es fácil encontrar mecedoras, cunas o hamacas automáticas que integran “velocidades variables y graduables para facilitar la tranquilidad y el sueño del bebé”.

De igual modo encontramos, para los teléfonos inteligentes, aplicaciones como el Baby Susher. Se trata de una app que emite un ruido similar al “shhh” de los padres para facilitar el sueño y la calma del bebé. Sus promotores lo exponen como una herramienta revolucionaria para las familias primerizas que “traslada a los más pequeños al útero materno” y que puede programarse desde los 15 minutos hasta las ocho horas.

Si durante la Edad Media y hasta el S. XIX las familias nobles recurrían a nodrizas, crianderas o amas de crianza para amamantar a los bebés, las familias modernas podemos delegar su cuidado en niñeras, abuelos y guarderías, y confiar algunos rituales de interacción como arrullar, calmar o mecer en sofisticadas aplicaciones de inteligencia artificial.

Así, la racionalización de la vida reproductiva deriva en procesos de externalización, especialización técnica y confianza en sistemas tecno-científicos.

En los últimos años este desplazamiento ha supuesto pasar, según grupos sociales, regiones y personas, a niveles que van desde la curiosidad o la opcionalidad, hacia la dependencia o la alienación tecnológica. Los niveles de alienación y dependencia generan importantes interferencias en la relación entre los padres y el bebé,

fundamentalmente a través de la delegación de las funciones de atención, supervisión y vigilancia. De algún modo, inventamos dispositivos que externalizan, mediatizan y delegan los mínimos rituales interpersonales propios de las relaciones humanas.

La fascinación por la comunicación a través de los teléfonos inteligentes ejerce una mediación paradójica: nos acercan a la vez que nos alejan.

Entre los padres es habitual el uso de dispositivos de video-vigilancia, alarmas, sensores de movimientos y barreras de cama. Esas acciones de externalización, especialización y delegación desenfocan el eje de la relación social desplazándola desde la confianza básica e intrínseca (interacciones cara a cara y contacto corporal) hacia la fiabilidad extrínseca en los sistemas expertos (mediación tecnológica y seguridad científica).

Las nuevas interdependencias ya no vienen solo de la especialización productiva en el contexto de la división social del trabajo, sino en la división social del consumo de información y conocimiento; en consecuencia, de la especialización tecnológica en el consumo de productos que proveen seguridad, tranquilidad y confort.

La confianza en los productos tecno-científicos ha crecido como un proceso gradual de externalización de la confianza básica. Aler (2008) señala que la confianza básica surge a través del contacto corporal y de la cercanía erótica durante el primer año de vida en lo que denomina *exterogestación*. Este desplazamiento extrínseco de la confianza releva silenciosamente otras fuentes de confianza como la sabiduría corporal (Aler, 2008), la intuición y los saberes adquiridos como fruto de la experiencia o los presentimientos.

Una de las fuentes de incertidumbre entre los padres primerizos suele ser la causa del llanto del bebé: ¿será un cólico? ¿Tiene hambre? ¿Quiere brazos? Desesperados, los padres prueban todas

las soluciones posibles hasta que aciertan o hasta que el bebé se duerma agotado de gritar.

No es casual que existan apps que nos ayudan a interpretar el llanto. La aplicación Cry Translator “identifica cinco tipos de llanto distintos: hambre, malestar, sueño, estrés o aburrimiento”. Según sus promotores, “basta con grabar el berrinche con el Iphone para averiguar lo que significa. En diez segundos, la app realiza un análisis que traduce las lágrimas del neonato al lenguaje de los adultos”.

La fuente de fiabilidad es ahora el algoritmo que codifica y descifra el llanto infantil. Su fiabilidad viene avalada por un conjunto de probabilidades demostradas empíricamente. Esta confianza es el resultado de un compromiso hacia un objeto tecnológico que es respaldado por el acervo de conocimiento científico acumulado (Latour, 1993). Mientras lo humano es incierto, ambivalente, variable, lo científico es objetivo, exacto y preciso. Ante la desesperación del llanto prolongado del bebé, hay una herramienta que puede sosegar la incertidumbre. Ante la debilidad del cuerpo y ante el riesgo de la incapacidad de dar el pecho o, de que, aun dándolo, el bebé no crezca sano y fuerte, está la leche artificial. Muchas madres no se fían de su propia leche y “ayudan” o “complementan” con leche artificial para que el niño esté bien. En este sentido se puede deducir que la leche de fórmula nunca fracasa mientras que la leche materna puede ser insuficiente, acabarse o “ser mala”.

En los últimos años no es escasa la reflexión sociológica que evidencia desencanto e incredulidad ante las promesas de objetividad, predicción, veracidad y certeza de la ciencia moderna (Latour, 1993). De hecho, apreciamos estupefactos el crecimiento de los movimientos antivacunas o los congresos mundiales de los fervorosos “tierraplanistas”. El fervor por la creencia es un preocupante síntoma de la progresiva deslegitimación de la verdad

científica. Probablemente, fruto de una progresiva frivolidad, instrumentalización y deshumanización del discurso y de la praxis científica.

La confianza en lo humano no tiene por qué suponer un enfrentamiento con la confianza en la ciencia. Confiar en sí mismo y en las propias capacidades reduce los riesgos de la inseguridad ontológica (Giddens, 1990: 93). El origen de la seguridad en sí mismo ante posibles interrogantes existenciales que generan ansiedad y desasosiego están en la primera relación mantenida en la infancia (Giddens, 1990: 93). La mayor parte de las personas que reciben una importantes ‘dosis’ de confianza en sus primeros años, según el sociólogo británico, reducen su susceptibilidad existencial. Esas dosis de confianza en lo que un individuo es y en lo que puede llegar a ser, es un tipo de inoculación emotiva que protege ante los vacíos existenciales y ansiedades ante la vida. Quizá una de las consecuencias no previstas de la racionalidad científica haya sido un exceso de racionalidad que ha derivado en irracionalidad.

6. CONCLUSIONES: LA IRRACIONALIDAD DE NUESTRA EXCESIVA RACIONALIDAD

De este modo, vemos que Marcuse (2005) y Ritzer (1996) llegan, por diferentes vías, a la misma conclusión: las sociedades modernas son tan racionales, que el exceso de racionalidad ha terminado por producir irracionalidad: “De nuevo nos encontramos ante uno de los aspectos más perturbadores de la civilización industrial avanzada: el carácter racional de su irracionalidad” (Marcuse, 2005: 39).

La externalización de la confianza básica en los sistemas expertos, propulsores de un tipo de saber con pretensiones universalistas y atemporales, ha dejado un estrechísimo margen para otro tipo de saberes humanos. La intuición en particular y el mundo

de los instintos en general están infravalorados en las sociedades modernas. El instinto pertenece al orden de lo natural o lo salvaje y la racionalidad al orden de lo civilizado y lo moderno.

Uno de los resultados del exceso de confianza en los sistemas expertos y en los productos tecnológicos del mercado, ha sido sembrar la duda sobre la capacidad de lo humano para servirse a sí mismo y al otro. Sin embargo, ¿cómo hemos llegado hasta aquí después de miles de años de evolución humana? La tesis del continuum (Liedloff, 2003), que supone la existencia de un conocimiento humano experiencial (más que intelectual), ha sido clave para la supervivencia y el bienestar de los seres humanos.

Resulta paradójico que las cuestiones más básicas y simples de la vida las complejicemos cuando las racionalizamos en exceso, quizá por la dinámica expansiva y explicativa de nuestra racionalidad. Ese ánimo expansivo generó una conexión entre racionalidad y técnica, es decir, entre explicación y control, que ha producido efectos perversos.

La Modernidad ha reducido la seguridad ontológica en la medida que ha desplazado y externalizado el objeto de la fiabilidad hacia los sistemas expertos. La seguridad ontológica no tiene una característica cognitiva, es decir, no se puede ser plenamente consciente de la propia seguridad/inseguridad ontológica, porque es un fenómeno anímico enraizado en el cuerpo y el inconsciente humano. Esta forma de seguridad tiene que ver con una forma de sabiduría corporal no consciente y, quizá, la mejor evidencia sea el sueño adulto, que es inversamente proporcional a la racionalidad: cuanto más nos esforzamos en dormir bien, más posibilidades tenemos de asegurar nuestro desvelo.

Probablemente los padres y madres procuramos experimentar una relación cercana, directa y poco mediatizada con nuestros hijos pero, paradójicamente, experimentamos una fuerte contradicción con las circunstancias laborales, familiares, económicas y culturales

que nos rodean. Algunos movimientos sociales como el feminismo o el ecologismo, así como la reivindicación de la transversalidad de los cuidados, están promoviendo un debate en la opinión pública en esta materia. Estos movimientos sociales movilizan posturas ideológicas e identitarias que desafían las estructuras asentadas en los imaginarios culturales de la Modernidad. Algunos de estos movimientos ofrecen respuestas a la búsqueda de nuevos referentes maternos y paternos ante una evidente disociación intergeneracional y, principalmente, ante la crisis civilizatoria de la Modernidad occidental.

BIBLIOGRAFÍA

- Aler Gay, I. (2003). “Concebir, gestar y dar a luz a lo que somos y podemos ser gen-eros-a-mente.” Ponencia en el *Curso de verano de la Universidad de Maspalomas*. Las Palmas.
- Aler Gay, I. (2008). “Sociología de la Maternidad como proceso de Transformación Social en España: 1978-2008”. En: Blázquez, M. J. *Maternidad y Ciclo Vital de la Mujer*. Zaragoza, España. Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 13-51.
- Bauman, Z. (1996). “Modernidad y ambivalencia” En: Beriain, J. (comp.) *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*. Barcelona, Antrophos, pp. 73-118.
- Beauvoir, S. de, (1987). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Beck, U. (1996). “Teoría de la Modernización reflexiva”. En: Beriain, J. (comp.) *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona: Anthropos.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Paidós: Barcelona.
- Berger, P.; Luckmann, T. (1979). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Beriain, J. (comp.) (1996). *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona: Anthropos.
- Blair, P.S.; Fleming, P.J.; Smith, I.; Platt, M.W.; Young, J.; Nadin, P.; Berry, P.J.; Golding, J. y CESDI SUDI (1999). Babies sleeping with parents: case control study of factors influencing the risk of sudden infant death syndrome. *BMJ*, Vol. 319 (7223). DOI: 10.1136/bmj.319.7223.1457
- Collins, R. (2004). *Interactions Ritual Chains*. Princeton y Oxford: Princeton University Press.
- Durán, M. A. (1972). *El trabajo de la mujer en España. Un estudio sociológico*, Madrid, Tecnos.
- Durán, M. A. (1988). *De puertas adentro*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Elias, N. (1987). *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica
- García Canclini, N. (1989). *Culturas Híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- Gettler, L. T., & McKenna, J. J. (2011). Evolutionary perspectives on mother–infant sleep proximity and breastfeeding in a laboratory setting. *Am. J. Phys. Anthropol.* 144(3), 454-462. DOI: 10.1002/ajpa.21426
- Giddens, A. (1990). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- Giddens, A. (2002). *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Península.
- Gómez-Quintero, J. D. (1999). “El científico, chamán de la modernidad”. *Revista Universidad de San Buenaventura*, 10: 59-64.
- González, C. (2004). *Manual práctico de lactancia materna*. Barcelona ACPAM.
- Gutman, L. (2004). *Puerperios y otras exploraciones del alma femenina*. Buenos Aires. Del Nuevo Extremo.
- Habermas, J. (1993). *El discurso filosófico de la Modernidad*. Madrid: Taurus.
- Horkheimer, M. y Adorno, T. (1994). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta.

- Juliano Corregido, M. D. (1989). “Ámbito doméstico y autorreproducción social” En: *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental*, 2: 79-88.
- Juliano Corregido, M. D. (1992). *El juego de las astucias: mujer y construcción de modelos sociales alternativos*. Madrid: Horas y Horas.
- Lander, E. (comp.) (2003). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Clacso. 11-40.
- Latour, B. (1993). *Nunca hemos sido modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Madrid: Debate.
- Liedloff, J. (2003). *El concepto de continuum. En busca del bienestar perdido*. Ob Stare.
- Liotard, J. (1989). *La condición posmoderna*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Magallón Portolés, C. (2006). *Mujeres en pie de paz. Pensamiento y prácticas*. Madrid: Siglo XXI.
- Marcuse, H. (2005). *El hombre unidimensional*. Barcelona: Ariel.
- Massó, E. (2010). “Crianza, socialización y Derechos Humanos. Reflexiones en una sociedad post-industrial”. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 25: 355-377. <https://www.theoria.eu/nomadas/25/estermassoguijarro.pdf>
- Osborne, R. (1993). *La construcción sexual de la realidad*. Madrid: Cátedra.
- Rich, A. (1976). *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution*. Nueva York: Norton.
- Ritzer, G. (1996). *La McDonalización de la sociedad. Un análisis de la racionalización de la vida cotidiana*. Barcelona: Ariel.
- Saleti Cuesta, L. (2008). “Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad” *Clepsydra*, 7: 169-183. <https://www.ull.es/revistas/index.php/clepsydra/article/view/2442>
- Sau Sánchez, V. (1995). *El vacío de la maternidad, madre no hay más que ninguna*. Barcelona: Icaria

- Solé, C. y Parella, S. (2004). "Nuevas expresiones de la maternidad. Las madres con carreras profesionales exitosas". *RES*, 4: 67-92. <https://recyt.fecyt.es/index.php/res/article/view/64943/39353>
- Tönnies, F. (1979). *Comunidad y Asociación*. Barcelona: Península.
- Weber, M. (1992). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península.